

Chileinedito

El periodismo bajo democracia

i

1ª edición: diciembre 2002

© Ken Dermota, 2002
© Ediciones B Chile S.A., 2002
Monjitas 392, piso 16, of. 1601
Santiago, Chile

Impreso en Chile
ISBN: 956-7510-81-4

Impreso por QUEBECOR WORLD CHILE S.A.
Avda. Pajaritos 6920, Santiago

Diseño de Portada
hraneisai joral

Diseño de Interior
Puerto Imagen

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.



Prefacio

CHILE INÉDITO

La Prensa Chilena Bajo Democracia

Si hay algo que podemos señalar con claridad acerca de la historia de Chile, es que ésta es dinámica. Chile albergó la última revolución izquierdista de las Américas -la única revolución marxista en el mundo que llegó al poder mediante elecciones- seguida por la dictadura militar más exitosa del hemisferio. Luego, Chile dio un salto para colocarse a la cabeza de las economías abiertas del mundo, anticipándose tanto a la administración de Reagan como a la de Thatcher en adoptar la economía de libre mercado. Entre los indicadores estándar de desarrollo -crecimiento económico, alfabetismo, control médico, escolaridad, corrupción e infraestructura- Chile se destaca como una excepción entre las naciones latinoamericanas, pareciéndose al cierre del siglo XX más bien a un país del Mediterráneo. La imagen de Chile dentro la comunidad mundial es la de un país que ha recuperado su tradición democrática luego de un paréntesis de 17 años y -a excepción de lo problemático del intento por llevar al ex dictador ante los tribunales- cuyas instituciones más importantes están prácticamente intactas. En el año 2001, la Ley de Prensa anuló las más

onerosas infracciones a la libertad de expresión y de prensa, muchas de las cuales estaban en vigencia desde los años treinta o cuarenta.

Entonces, ¿para qué escribir un libro?

Como profesor invitado en la Universidad de Chile y la Universidad Diego Portales, tuve la oportunidad de entrar en contacto con periodistas de todos los niveles del colofón y de todas las latitudes de la angosta geografía del país. Su queja era unánime: el periodismo en Chile ya no es lo que era antes. Es fácil que un extranjero se sorprenda por este alegato al ver que en los quioscos es posible encontrar variados diarios bien impresos, el dial está lleno de estaciones radiales y los medios audiovisuales han atraído una importante inversión extranjera. De cualquier modo, una lectura más atenta, nos permite constatar que el nivel del periodismo en Chile está debajo del nivel de sus vecinos, muchos de los cuales son verdaderamente subdesarrollados. El periodismo en Chile no está cumpliendo su responsabilidad social como institución democrática. Pero no siempre fue así.

Leyendo números antiguos de los medios impresos que se opusieron a la dictadura, me convencí de que los chilenos no eran para nada inactivos cuando se trataba de hacer periodismo. Estas publicaciones estaban repletas de asombrosas investigaciones, historias con *background* revelador y estructuras poderosas, escritas con la agilidad que no podemos encontrar en el periodismo de hoy. ¿Cómo pudo ser mejor el periodismo bajo la dictadura que los aserrinados textos en los diarios actuales? ¿Y por qué todas las publicaciones pro-democráticas que surgieron bajo el régimen de Pinochet desaparecieron bajo democracia?

Al juntar recortes de noticias de los periódicos actuales, empiezan a surgir patrones: los periódicos no publican el periodismo investigativo en Chile; prácticamente no hay opiniones divergentes acerca del estado de

la economía; ningún periódico hace un seguimiento analítico de los controvertidos sistemas de salud y de pensión; los indígenas, los trabajadores y los pobres, si es que llegan a ser retratados por los medios, lo son como populacho; los programas de televisión parecen haber sido censurados por el Vaticano; y las noticias carecen de análisis especializados, foros abiertos, interpretación y comentario; sólo hay cuatro géneros periodísticos: actualidad, reportajes, crónica y opiniones.

¿Es esto democracia? España y Brasil poseen vibrantes medios que vigilan a sus gobiernos y evalúan tanto a sus líderes como a sus opositores. Los colombianos y los argentinos hacen sofisticadas investigaciones y abastecen a los "mercados de las ideas" en sus países. Si los chilenos pudieron hacer todo esto durante la dictadura, ¿qué los detiene ahora? Opté por examinar quiénes son los dueños de los medios.

Los periodistas chilenos confesaron no saber quiénes son realmente los propietarios de los medios de prensa. Entonces, me reuní con el ministro Secretario General de Gobierno, Claudio Huepe, quien tampoco sabía. Huepe y su equipo de investigación sabían los nombres de los accionistas, como era de esperar, pero ellos no conocían los otros intereses económicos de estos propietarios de los medios de prensa. Yo estaba intrigado. El dominante en el mercado de la prensa escrita en Chile, el conglomerado de *El Mercurio*, coordinó el apoyo norteamericano para el Golpe de 1973 y reunió a los economistas entrenados en Chicago, que serían quienes, finalmente, montarían el aparato económico de la dictadura. Pero lo que más me llamó la atención fue que muchos de los asesores económicos del dictador terminaron siendo propietarios de la otra mitad de la duopolio periodístico chileno.

El Ministro Huepe dijo que una investigación más profunda acerca de los propietarios estaba empantanada,

debido a que, durante la dictadura, estos mismos economistas de Chicago habían creado un registro secreto de sociedades anónimas donde se hallan escondidos los registros de las llamadas "sociedades anónimas cerradas". Estos protegían los nombres de los socios del escrutinio público. Mi investigación descubrió la razón: un grupo de estos economistas utilizó el control del único Banco estatal para instalarse ellos mismos dentro del negocio de los periódicos. El hecho de colocar a sus ex ministros y amigos a cargo de los medios de prensa era parte del "seguro" que había tomado Pinochet para mantenerse fuera de prisión, evitar investigaciones de corrupción marcial y estorbar la profundización de la emergente democracia de Chile. De la aparente gran variedad de medios de prensa escritos, todos los importantes terminaron en las manos de los amigos y colaboradores de Pinochet.

Los periodistas chilenos me señalaron que existía un expediente judicial que revelaría esta conspiración. Algunos aseveraron que estos archivos habían "desaparecido" -tal como otras víctimas de la dictadura-. Sin embargo, ahora podemos conocer los detalles de unos movimientos bancarios internacionales que usaron dineros fiscales para darle un salvavidas a los mismos periódicos que se niegan a investigar la participación de sus propietarios en estas operaciones. Los dueños de estos medios controlan la práctica periodística y manipulan la percepción del público para poder perpetuar los ideales de la dictadura, aun bajo democracia.

La investigación revela que algunos de estos propietarios de medios participaron en el desmantelamiento del sistema universitario público, y luego redactaron las leyes que les permitieron constituir sus propias instituciones universitarias privadas -cada una de las cuales posee escuela de periodismo-. Los magnates mediáticos también establecieron sus propios "think-tanks"

(centros de estudio e investigación), cuyos hallazgos son luego reporteados en sus periódicos. Esta toma de las instituciones de Chile es el trabajo de un grupo de empresarios, fundamentalistas religiosos y propietarios de medios con el fin de imponer una organización social anti-democrática, inspirado por el modelo de la España fascista.

La imagen de Chile como un país moderno, democrático y liberal se disolvió. Se supone que el objetivo de los economistas de Chicago era instaurar en Chile una economía de libre mercado. Nada más alejado de la realidad. Los propietarios de los medios de prensa ocultan la información que puede amenazar sus propias inversiones o sus intereses ideológicos.

Las autoridades censuraron el primer periódico que se publicó en Chile. Y es curioso observar que los políticos -de cualquier índole político, de derecha a izquierda- han censurado a la prensa a lo largo de la historia del país. Las familias que manejan Chile hoy en día, muchos de ellos descendientes de la aristocracia terrateniente, se mantienen aún estrechamente vinculadas a las organizaciones más conservadoras. Estas usan sus medios de comunicación para promover sus valores. Como resultado de esto, los medios de prensa están escindidos y no reflejan el chileno promedio, que es más abierto, liberal, tolerante y curioso. La Ley de Prensa del año 2001 garantiza una mayor libertad de expresión, sin embargo, esto se mantendrá como letra muerta mientras el poderoso duopolio de la prensa escrita chilena le niegue a los ciudadanos información vital acerca de su economía y su democracia, e ignore, al mismo tiempo, el perfil del ciudadano promedio y sus preocupaciones. Este duopolio representa el polo opuesto del *periodismo de interés público*; es, por el contrario, el bastión del *periodismo de interés particular*.

El obstáculo más significativo para una prensa libre y abierta en Chile no es la ley, sino la concentración de la

propiedad en un extremo del espectro político. Antes de la dictadura, los medios periodísticos chilenos representaban múltiples puntos de vista. Después del golpe de Estado, cualquier medio, cuyos propietarios no fueran partidarios de los militares, fue cerrado o comprado. Sin embargo, a medida que la dictadura avanzaba, surgió un grupo de publicaciones que se resistían al gobierno, las que representaban diversas perspectivas políticas. Todas ellas murieron una vez que Chile retomó el sistema democrático.

El estudio de los medios de prensa en Chile no es una actividad restringida para los estudiosos del periodismo, sino que abarca todo el espectro económico y político de Chile; es la mismísima historia de Chile, uno de los pocos países cuya historia puede ser contada a través de su prensa. *El Mercurio*, el más antiguo de los periódicos en lengua castellana, es el determinante específico del destino de Chile. Tal como lo señaló el presidente Ricardo Lagos durante el centenario de la edición santiaguina del periódico: "Es imposible entender la historia de Chile sin *El Mercurio*". Hoy día, los medios chilenos de prensa están en el epicentro de un movimiento dirigido por algunos de los personajes más ricos y poderosos del país, quienes están usando hábilmente los medios de comunicación para promover ideologías y economías de derecha, a pesar de la última década de democracia.

Un análisis de Chile que excluya el examen de sus medios de prensa estará inevitablemente incompleto. Tal como la aparente diversidad de titulares es una trampa, el observador casual puede darse cuenta, asimismo, de que, en relación con la elección del presidente Socialista (Ricardo Lagos, en el año 2000), es evidente que la derecha no está en el gobierno. De cualquier modo, el hecho de que a Lagos -respaldado por su coalición, que es mayoría en el Congreso- se le haya impedido realizar

cambios políticos significativos, es un reflejo de la fortaleza de las élites, y no de su debilidad. Algo esencial dentro de esta fortaleza son los "poderes fácticos" que están aliados dentro de la comunidad empresarial, los fundamentalistas religiosos, los militares y los propietarios de los medios de prensa. Esta alianza del sector privado rivaliza con el poder del gobierno, como señala el decano chileno de la Escuela de Derecho de American University en Washington: "En Chile, el *gobierno* está en la oposición".

Si aquellos que están a cargo persiguen socavar, incluso, los patrones de participación y democracia de la Ilustración del siglo XIX, los chilenos no podrán disfrutar de la libertad económica, democrática y periodística. El financista-vuelto-filósofo, George Soros, señala que las grandes amenazas para la democracia ya no son el comunismo ni el fascismo, sino los que él llama "fundamentalistas del mercado", para quienes la expansión económica es un fin en sí mismo. Los economistas neoliberales de Chicago son el arquetipo, quienes justifican el sacrificio de la democracia y el pluralismo para lograr esos fines. Soros dice que el resurgimiento del capitalismo laissez-faire, con su tendencia a monopolizar el poder, es la principal amenaza a la "sociedad abierta" que concibió Karl Popper, una donde las animosidades morales, sociales o religiosas son diluidas al darle acceso al mercado de las ideas a las distintas ideologías.

De cualquier manera, los propietarios de medios en Chile no son simples "fundamentalistas de mercado" sino que continúan creando distorsiones en el mercado para su propio beneficio económico, mientras se esconden detrás de la pantalla de humo del libre mercado. Los "poderes fácticos" de Chile proveen "la verdad definitiva" -social, moral y económica- usando los medios de comunicación para acallar las perspectivas disidentes de grupos ambientalistas, sindicales o minoritarios.

Algo aún más peligroso para la sociedad abierta, es la alianza de los fundamentalistas religiosos con los fundamentalistas del mercado, quienes, a primera vista, tienen poco en común. Sin embargo, ambos se remiten a "la verdad" que ellos buscan imponer a costa del debate público. "Es asombroso cómo estos dos grupos dispares han sido capaces de reconciliar sus diferencias", señala Soros.¹ Estos fundamentalistas religiosos y del mercado se han transformado en un solo grupo en Chile. Y son, además, los propietarios de los medios de prensa.

Los experimentos con el comunismo y el fascismo, señala Popper, no sólo han probado que la verdad es desconocida e imposible de conocer, sino también que no existe Estado que haya sido capaz de imponer "la verdad" por un período indefinido. La carambola histórica de Chile, desde la revolución marxista hasta la dictadura, desde una economía cerrada a una abierta, subraya la naturaleza efímera de cualquier "verdad" objetiva, los sucesivos fracasos por imponer la verdad, y la necesidad urgente de dejar a un lado las demandas por la posesión de "la verdad", para que de este modo, la gran cantidad de verdades puedan coexistir con respeto y espacios igualitarios. Entonces, quizás pueda Chile comenzar a superar las rasgaduras en su sociedad que han plagado su historia.

Dos aclaraciones metodológicas: Primero, este libro enfatiza las noticias por sobre otros géneros periodísticos. Las "noticias", según las veremos aquí, se refieren específicamente a la cobertura de eventos dentro del ciclo noticioso actual (24 horas para los periódicos o noticieros centrales de televisión, menos para la cobertura radial o

vía. Internet) y que se encuentra en las *páginas de noticias* o que se emite durante los *segmentos noticiosos*. Por otra parte, cualquier texto escrito que cubra eventos, tendencias o ideas y que se encuentre en un periódico y en sus variados suplementos, sean estos de farándula, economía, automóviles, historia o gastronomía, que se supone tenga una validez más larga que la duración del ciclo noticioso del medio, se conoce como "artículo de fondo", "editorial", "análisis", u "opinión editorial". De este mismo modo, la televisión y la radio también poseen segmentos netamente noticiosos, que se diferencian de los "foros", "entrevistas", "reportajes", "comentarios", "deportes" o "documentales".

Debido a la inmediatez de las noticias, el lector tiene elevadas expectativas de que lo que está leyendo o escuchando es una versión "objetiva" de lo que ocurrió. Entonces, las noticias son más potentes, como información que forma la opinión, que las editoriales, las que los lectores toman como un grano de sal, pues el lector está consciente del intento del redactor por influir sobre él.

Segundo, la distorsión de las noticias en Chile no se configura mediante el uso de modificadores, calificadores o background que configuren un sesgo. Esta parcialidad se logra, más bien, simplemente omitiendo y dejando de lado ciertos temas, lo que hace que el trabajo de medir la parcialidad sea, en realidad, el de encontrar la proporción entre lo que aparece y no aparece. Por esta razón, este libro mide la "cobertura"; si es que determinadas personas, grupos o sus temas son cubiertos o no. Tal parámetro es más objetivo, pues es una medida binaria (cubierto/no cubierto) antes que una medida gradual (muy parcial/medianamente parcial/objetiva), lo que hace de la cuantificación una medición más significativa.

Mi deseo es que la historia de los medios de prensa en un país de sólo 15 millones de personas sirva como un objeto de lección en el mundo que está más allá de

Soros, George. *The Crisis of Global Capitalism: Open Society Endangered* [La Crisis del Capitalismo Global: La Sociedad Abierta Amenazada]. New York: Public Affairs/Persus, 1998, p. 232.

Chile, donde los medios de prensa están concentrados en aún menos manos y están todavía más presionados para servir a conglomerados que los controlan.

Prefacio a la edición chilena

La edición en castellano es aproximadamente el doble de extensa que la versión en inglés. Este libro no fue concebido para el público chileno, un hecho que vale mencionar, pues su intención original era describir los medios chilenos a los norteamericanos. Esto explica la inclusión de material contextual que es innecesario para el público chileno, aunque es igualmente útil para reforzar ciertos datos.

Este volumen tiene la vocación, dentro de las limitaciones y ventajas implícitas, de ser la impresión que alguien del observador foráneo tiene de la escena mediática del país. Las observaciones y análisis de este libro son, antes que todo, hechas desde el punto de vista de un periodista por profesión que no creció en Chile y, por esto mismo, no tiene bandera que agitar ni ninguna postura política que promover.

¿Por qué razón, entonces, vine a estudiar a Chile? El país fue seleccionado para mí por el International Center for Journalists (ICFJ, Centro Internacional de Periodistas), institución que se reserva el derecho de asignar el país, los países o las regiones a sus becarios, que el Centro encuentre más apropiado. Como hablo el español, el ICFJ me envió a un país de habla hispana donde se había solicitado un becario. Felizmente para mí, el país fue Chile. No obstante, ni el ICFJ ni los auspiciadores de la Knight Foundation han ejercido influencia alguna sobre el contenido del libro (ni siquiera están al tanto de su tema). Por esto mismo, aprecio profundamente su auspicio durante mi estadía de un año en Chile.

Este libro no hubiera sido posible sin la colaboración de varios chilenos, periodistas y otros, que contribuyeron con su tiempo y conocimiento tanto al libro como a mi placentera estadía en Chile. Su lucha por la expresión democrática debiera ser una lección para todos los periodistas en cualquier lugar del mundo. Les deseo mucha suerte y un gran abrazo de colega.